

CLÁSICOS



Frankenstein o el moderno Prometeo

Mary
Shelley

Traducción y epílogo de
Gabriela Damián Miravete

GRANTRAVESÍA

CAPÍTULO I

Soy de Ginebra; mi familia es una de las más distinguidas de aquella república. Mis ancestros fueron, durante muchos años, consejeros y magistrados, y mi padre tuvo varios cargos públicos que llevó con honor y buena reputación. Todas las personas que lo conocían lo respetaban por su integridad y dedicación infatigable al servicio público. Pasó su juventud permanentemente ocupado por estos asuntos, así que no fue sino hasta la mediana edad cuando se casó y se convirtió en un hombre de familia.

Como las circunstancias de su matrimonio ilustran muy bien su carácter, no puedo dejar de contarlas. Uno de sus amigos más íntimos fue un comerciante que, de tener una posición desahogada, cayó en la pobreza tras sufrir muchas desgracias. Este hombre, cuyo nombre era Beaufort, era de talante orgulloso y rígido, por lo que vivir en la pobreza y el olvido en el mismo país donde había destacado por su riqueza y magnanimidad le resultaba insoportable. Por lo tanto, habiendo pagado sus deudas de la forma más honrosa posible, se exilió con su hija a Lucerna, donde vivió en el anonimato y la miseria. Mi padre sentía genuina amistad y cariño por Beaufort, y estaba profundamente triste por su aislamiento a causa de tan desafortunadas circunstancias. Desaprobaba, con amargura, la falsa dignidad que había conducido a su amigo a comportarse de una manera tan poco merecedora del afecto que los unía. No dejó pasar más tiempo y comenzó a buscarlo, con la esperanza de persuadirlo de empezar una nueva vida con su respaldo y apoyo.

Beaufort había tomado sus medidas para ocultarse bien; y pasaron diez meses antes de que mi padre descubriera su escondite. Entusiasmado por este hallazgo, fue rápidamente hasta la casa, situada en una calle cerca del Reuss. Pero al entrar, sólo la miseria y el desamparo le dieron la bienvenida. Beaufort logró conservar una pequeña parte de su fortuna, suficiente para proveerle sustento durante algunos meses, mientras tanto esperaba encontrar algún empleo respetable en alguna casa comercial. En ese intervalo estuvo sin ocupación, por lo que su tristeza se hizo más profunda y dolorosa, ya que tenía tiempo libre para rumiar sus pensamientos, y esto se apoderó de su mente con tanta rapidez, que al cabo de tres meses terminó enfermo y en cama, incapaz de hacer cualquier cosa.

Su hija lo atendió con cariño; pero vio, desesperada, que sus modestos fondos disminuían rápidamente y que no había en puerta otra fuente de ingresos. Caroline Beaufort, sin embargo, poseía una inteligencia fuera de lo común, y su valor la sostuvo en la adversidad. Se buscó un trabajo sencillo: tejía objetos de mimbre, y por varios medios encontró la manera de obtener un sustento apenas suficiente para mantenerlos.

Así pasaron varios meses. Su padre empeoró y tuvo que emplear más tiempo atendiéndolo, por lo que su ingreso disminuyó y en el décimo mes él murió en sus brazos, dejándola huérfana y mendiga. Este último golpe la venció. Cuando estaba arrodillada frente al ataúd de Beaufort llorando desconsoladamente, mi padre entró en la habitación. Llegó como un espíritu protector para la pobre muchacha, quien se encargó de cuidarlo; y después del entierro de su amigo, la llevó a Ginebra bajo su protección. Dos años después, Caroline se convirtió en su esposa.

Había una diferencia considerable entre las edades de mis padres, pero estas circunstancias no hicieron sino unirlos aún más en un vínculo pleno de cariño y dedicación. Mi padre tenía un sentido de la justicia que debía cumplirse estrictamente para poder amar con intensidad. Quizás en el pasado había sufrido por descubrir, tardíamente, que el objeto de su amor no era digno de él, así que estaba dispuesto a darle más valor a la intención de esforzarse. Mostraba gratitud y devoción hacia mi madre inspiradas por la admiración hacia sus virtudes y el deseo de recompensarla, de alguna manera, por las penas que había pasado, pero esto le daba una gracia a su comportamiento con ella difícil de expresar. Todo lo que hacía estaba calculado para complacerla. Se esforzó para proporcionarle un refugio como un jardinero lo habría hecho para cuidar una rara especie de cada ráfaga de viento, y para rodearla con todo lo que podía deleitar a su suave y bondadoso carácter. Su salud e incluso la tranquilidad de su espíritu habían sido conmocionadas por todo lo que había pasado. Durante los dos años previos a su matrimonio, mi padre abandonó de manera gradual sus cargos públicos e inmediatamente después de su unión buscaron el agradable clima de Italia para que el cambio de escenario y el interesante paseo por una tierra llena de maravillas repararan la debilitada condición de ella.

Luego de Italia visitaron Alemania y Francia. Yo, el mayor de sus hijos, nací en Nápoles y los acompañé en sus vagabundeos. Permanecí como hijo único varios años. Por mucho que estuvieran unidos el uno al otro, parecían extraer inagotables reservas de afecto de una mina de amor para dármele a mí. Las tiernas caricias de mi madre y la complacida y benevolente sonrisa de mi padre mientras me miraba son mis primeros recuerdos. Yo era su juguete y su ídolo al mismo tiempo, y aún

algo mejor: su niño, la inocente criatura que les otorgó el cielo, a la cual había que criar para hacer el bien, y cuyo futuro estaba en sus manos para dirigirlo hacia la felicidad o hacia la ruina, de acuerdo con las obligaciones que cumplieran respecto a mí. Con esta profunda conciencia de lo que debían hacia el ser al que habían dado la vida, añadido al espíritu tan afectuoso de ambos, se podría decir que cada hora de mi infancia recibí una lección de paciencia, caridad y autocontrol. Fui guiado de tal modo por una especie de cordón de seda, que todo era, para mí, un paseo que disfrutar.

Durante mucho tiempo fui su única preocupación. Mi madre deseaba tener una hija, pero yo seguía siendo su único hijo. Cuando yo tenía alrededor de cinco años, mientras hacíamos una excursión más allá de las fronteras de Italia, mis padres pasaron una semana en las orillas del lago de Como. Su amable disposición los hacía, con frecuencia, visitar las viviendas de la gente pobre. Esto, para mi madre, era más que un deber: era una necesidad apasionada, teniendo en cuenta lo que había sufrido y cómo había sido aliviada de ese sufrimiento, de tomar el turno para ser el ángel guardián de otra persona. Durante uno de sus paseos, una casa en particular llamó su atención por su singular melancolía, mientras que los niños a medio vestir que estaban a su alrededor expresaban la penuria más absoluta. Un día, cuando mi padre se había ido a Milán, mi madre, acompañada por mí, visitó la casa. Encontró ahí a un campesino y a su esposa, trabajadores, desgastados por los quehaceres y los cuidados, distribuyendo una insuficiente merienda a cinco criaturas hambrientas.

Entre éstas hubo una que llamó la atención de mi madre. Parecía ser diferente del resto. Las otras cuatro tenían ojos oscuros, pequeñas vagabundas resistentes; ésta era muy pálida

y delgada. Su cabello era de color oro brillante y, a pesar de la pobreza de su vestimenta, parecía llevar una corona distintiva en la cabeza. Su frente era amplia, sus ojos azules, despejados, y sus labios y el contorno de su rostro expresaban tanta dulzura y sensibilidad que nadie podía verla sin colocarla en un sitio aparte, un ser como caído de arriba que llevaba la estampa celestial en todos sus rasgos.

La campesina, percibiendo que mi madre había puesto sus ojos admirando a esta adorable niña, relató su historia: no era su hija, sino la de un milanés que pertenecía a la nobleza. Su madre era alemana y había muerto en el parto. La niña había sido puesta a su cuidado, pues anteriormente les iba mejor. Apenas se habían casado y tenido su primer hijo. El padre de la niña era uno de esos italianos criados bajo la memoria de la gloria antigua de Italia, era uno de los *schiaivi ognor frementi*, que se sacrificó para obtener la libertad de su país. Se convirtió en víctima de su debilidad. Si murió o si aún vaga por los calabozos de Austria, no se sabía. Su propiedad fue confiscada, su hija se quedó huérfana y mendiga. Continuó viviendo con sus padres adoptivos y floreció en aquella áspera vivienda más reluciente que una rosa de jardín entre las zarzas de hojas oscuras.

Cuando mi padre regresó de Milán, me encontró jugando con una niña más linda que el querubín de una pintura, una criatura radiante, cuyos movimientos eran aún más ligeros que los de las cabras montesas. Pronto le fue explicada semejante aparición. Con su permiso, mi madre habló con sus guardianes para que le cedieran la custodia de la niña. Le tenían mucho cariño a la dulce huérfana. Su presencia les parecía una bendición, pero habría sido injusto mantenerla en la pobreza y la necesidad cuando la Providencia le estaba ofreciendo

semejante protección. Lo consultaron con el cura del pueblo y el resultado fue que Elizabeth Lavenza se convirtió en residente de la casa de mis padres y, más que mi hermana, en una hermosa y adorada compañera de todas mis ocupaciones y placeres.

Todo mundo amaba a Elizabeth. El cariño apasionado y reverencial que todos le tenían se convirtió, aunque yo mismo lo compartía, en mi orgullo y deleite. En la tarde previa a que la trajeran a casa, mi madre dijo, jugando:

—Tengo un hermoso regalo para mi Victor. Mañana lo recibirá.

Y luego, al día siguiente, me dijo que Elizabeth era el regalo prometido, y yo, con seriedad infantil, interpreté sus palabras literalmente, y consideré a Elizabeth como si fuera mía, mía para protegerla, amarla y cuidarla. Todos los halagos que ella recibía los tomé como si fueran para mí. Nos llamamos familiarmente “primo” y “prima”. Ninguna palabra, ninguna expresión podría encarnar la clase de relación que forjamos: mi más que hermana, desde entonces hasta su muerte, fue únicamente mía.

CAPÍTULO II

Nos criamos juntos, no había ni un año de diferencia entre nuestras edades. No necesito decir que éramos ajenos a cualquier disputa o motivo de separación. La armonía era el alma de nuestra camaradería, y la diversidad y el contraste del carácter de cada uno nos acercaba. Elizabeth era más calmada y concentrada que yo; pero, con todo mi fervor, yo era capaz de aplicarme más y poseía una sed más grande de conocimiento. Ella se mantenía ocupada siguiendo las etéreas creaciones de los poetas, así como en las magníficas escenas que rodeaban nuestro hogar suizo: encontró un amplio rango de admiración y deleite en las formas sublimes de las montañas, los cambios de estación, la tempestad y la calma; el silencio del invierno y la vida turbulenta de nuestros veranos alpinos. Mientras mi compañera contemplaba con un serio y complacido espíritu la gloriosa apariencia de las cosas, yo disfrutaba investigando sus causas. El mundo, para mí, era un secreto que deseaba descubrir. A medida que se desarrollaron en mí, la curiosidad, una investigación comprometida con el aprendizaje de las leyes ocultas de la naturaleza y un regocijo semejante al éxtasis están entre las primeras sensaciones que recuerdo.

Al nacer el segundo hijo, siete años menor que yo, mis padres renunciaron a su vida viajera y fijaron residencia en su país natal. Teníamos una casa en Ginebra y una casa de campo en Belrive, la costa oriental del lago, a más de una hora a pie de la ciudad. Vivíamos principalmente en esta última, y la vida de mis padres era considerablemente reclusa. Estaba en mi temperamento evitar la multitud y vincularme fervientemente sólo a unas cuantas personas. Por lo tanto, era indiferente

a mis compañeros de escuela, en general; pero la amistad más cercana me unía a uno de ellos. Henry Clerval era el hijo de un comerciante ginebrés. Era un muchacho de singular talento e imaginación. Amaba los retos, las pruebas e incluso el peligro. Había leído muchísimas novelas y libros de caballerías. Adoraba las canciones heroicas y empezó a escribir historias de magia y aventuras caballerescas. Intentó hacernos actuar en obras e incursionar en bailes de máscaras en los que los personajes salían de los héroes de Roncesvalles, la Mesa Redonda del rey Arturo y toda esa caterva que derramó su sangre para recuperar al Santo Sepulcro de las manos de los infieles.

Ningún ser humano pudo pasar una infancia más feliz que la mía. Mis padres eran el mismo espíritu de la amabilidad y la indulgencia. No sentíamos que eran los tiranos que nos gobernaban acorde con sus caprichos, sino los agentes y creadores de todos los bienes que disfrutábamos. Cuando convivía con otras familias me percataba de cuán afortunados éramos, y la gratitud contribuía a desarrollar ese amor filial.

A veces yo tenía un carácter violento, y mis pasiones eran vehementes, pero por una especie de ley propia de mi temperamento, no se volcaron hacia búsquedas pueriles, sino a un deseo entusiasta de aprender, y no de forma azarosa. Confieso que ni la estructura de las lenguas, ni los códigos gubernamentales, ni la política de los Estados tenían ningún atractivo para mí. Eran los secretos del cielo y de la tierra los que yo deseaba aprender; y ya sea que me ocupara en la sustancia externa de las cosas, el espíritu interior de la naturaleza o la misteriosa alma humana, mi investigación se dirigía hacia lo metafísico, o, en su sentido más alto, los secretos físicos del mundo.

Mientras tanto, Clerval se ocupó, por así decirlo, de las relaciones morales que hay entre las cosas. El atareado escenario

de la vida, las virtudes de los héroes y las acciones de la gente eran sus temas, y su esperanza y sueño eran convertirse en uno de esos nombres que quedan grabados en la historia como los valientes, aventureros y benefactores de nuestra especie. El alma beatífica de Elizabeth brillaba como la luz de un recinto sagrado en nuestro tranquilo hogar. Su compasión era la nuestra, su sonrisa, su voz suave, la dulce mirada de sus ojos celestiales estaban ahí siempre para bendecirnos y animarnos. Era el espíritu viviente del amor para ablandarnos y hacernos despertar: a mí me habría absorbido por completo el estudio, dada mi disposición, pero ella estaba ahí para compartirme un poco de su apacibilidad. Y Clerval, nada podría descarrilar el noble espíritu de Clerval, sin embargo, no podría haber sido tan humano, tan considerado y generoso, tan lleno de bondad y ternura en su pasión por la aventura, si ella no le hubiera revelado el verdadero encanto de la beneficencia, por lo que hacer el bien fue su aspiración más alta.

Sentí un placer exquisito al sumergirme en los recuerdos de mi infancia, antes de que el infortunio contaminara mi mente y cambiara sus provechosas visiones en sombrías y estrechas reflexiones en torno a mí mismo. Además, al dibujar el panorama de mi edad temprana, también registré los eventos que me condujeron a la miseria por medio de la insensatez, pues cuando pienso en el nacimiento de aquella pasión que después condujo mi destino, encuentro que surgió de innobles y casi olvidadas fuentes, como un río de montaña; pero que, al incrementarse de la manera en que lo hizo, se convirtió en un torrente que se ha llevado en su curso todas mis esperanzas y alegrías.

La filosofía natural es el genio que ha determinado mi destino; deseo, por lo tanto, en esta narración, declarar esos hechos que me llevaron a tener predilección por esta ciencia. Cuando

tenía trece años, fuimos todos a una fiesta cerca de Thonon. La inclemencia del tiempo nos obligó a permanecer un día confinados en la posada. En esta casa tuve la oportunidad de encontrar un volumen de los trabajos de Cornelio Agripa. Lo abrí con apatía; la teoría que trata de demostrar y los maravillosos hechos que narra pronto cambiaron ese sentimiento por el entusiasmo. Era como si una nueva luz iluminara mi mente y, saltando de alegría, comuniqué mi descubrimiento a mi padre. Él miro distraídamente el título de mi libro y dijo:

—¡Ah! Cornelio Agripa. Mi querido Victor, no pierdas tu tiempo con esto, es una patética basura.

Si, en lugar de esta observación, mi padre se hubiera tomado la molestia de explicarme que los principios de Agripa habían sido enteramente agotados en el pasado y que después había surgido un sistema moderno de la ciencia que poseía más potencia que el anterior debido a que las ideas del antiguo sistema eran quiméricas, mientras que las del nuevo eran reales y prácticas, desde luego que habría dejado a un lado a Agripa y habría satisfecho mi imaginación alborotada al continuar con más ganas mis estudios anteriores. Incluso es posible que el curso de mis ideas nunca hubiera recibido el impulso fatal que me llevó a la ruina. Pero la mirada superficial que mi padre le había echado a mi libro no me dio la impresión de que estuviera familiarizado con su contenido, así que seguí leyendo con avidez.

Al regresar a casa, mi primera preocupación fue procurarme las obras completas del autor, y después, las de Paracelso y de Alberto Magno. Leí y estudié con deleite las alocadas fantasías de estos autores, me parecieron tesoros conocidos por sólo unos pocos además de mí. Siempre me he considerado alguien con un ferviente anhelo de penetrar en los secretos de la

naturaleza. Pese a la intensa labor y maravillosos descubrimientos de los filósofos modernos, siempre quedé inconforme, insatisfecho con lo que estudiaba. Se dice que Sir Isaac Newton confesó que se sentía como un niño recogiendo conchas a la orilla del inmenso e inexplorado mar del conocimiento. Aquellos que le sucedieron en cada rama de la filosofía natural que conocí, parecían, incluso para mi entendimiento juvenil, novatos comprometidos con la misma búsqueda.

El campesino sin estudios contempló los elementos que lo rodeaban y se familiarizó con lo que podía serle útil. El filósofo más erudito apenas sabía un poco más. Había descrito parcialmente el velo que cubría el rostro de la naturaleza, pero sus lineamientos inmortales aún eran una maravilla y un misterio. Podría diseccionar, analizar meticulosamente y nombrar, pero las causas, ya no digamos finales, sino las secundarias o terciarias de las cosas eran desconocidas para él. Había observado las fortificaciones y obstáculos que impedían a los seres humanos entrar en la ciudadela de la naturaleza y, precipitadamente e ignorantemente, me había quejado.

Pero aquí había libros y hombres que habían profundizado en estos asuntos y que sabían más. Creí en todo lo que afirmaban sus palabras y me convertí en su discípulo. Podría parecer muy raro que eso ocurriera en el siglo dieciocho, pero, si bien yo seguía el programa educativo de las escuelas de Ginebra, era, en gran medida, autodidacta en mis materias favoritas. Mi padre no era científico, y me dejó a mi suerte a la hora de lidiar con mi ceguera infantil, añadida a la sed de conocimiento. Bajo la guía de mis nuevos tutores, incursioné en la búsqueda de la piedra filosofal y el elixir de la vida, pero fue esto último lo que acaparó toda mi atención. La riqueza era un bien inferior, ¡pero qué glorioso descubrimiento sería desterrar

la enfermedad de la vida humana y hacernos invulnerables a todo, excepto a una muerte violenta!

Éstas no eran mis únicas visiones. La resurrección de los fantasmas o espíritus era una promesa hecha generosamente por mis autores favoritos, cuyo cumplimiento busqué con entusiasmo, y si mis conjuros nunca surtían efecto se lo atribuía a mis errores y a mi falta de experiencia en lugar de a alguna falla en las ideas de mis maestros. Y así, durante un tiempo, me ocupé en esos sistemas caducos, mezclando con ineptitud mil teorías contradictorias, tambaleándome con desesperación en un lodazal de conocimientos de toda clase, guiado por una imaginación ardiente y un razonamiento infantil, hasta que un accidente cambió de nuevo el curso de mis ideas.

Cuando tenía alrededor de quince años, nos retiramos a la casa cerca de Belrive, donde atestiguamos la más violenta tormenta eléctrica. Venía desde la parte trasera de las montañas del Jura; el trueno estallaba con terrible estruendo desde varios rincones del cielo. Mientras duró la tormenta, me mantuve observando su progreso con curiosidad y deleite. Estando de pie junto a la puerta, de súbito vi encenderse una oleada de fuego en un viejo y hermoso roble que estaba a unos veinte metros de nuestra casa; y tan pronto como la deslumbrante luz se desvaneció, el roble había desaparecido, dejando en su lugar nada más que un tocón quemado por la explosión. Lo visitamos a la mañana siguiente y encontramos el árbol hecho añicos, pero de una forma muy singular. No estaba astillado por el impacto, sino enteramente reducido a delgados listones de madera. Nunca había visto nada tan destrozado como aquello.

Antes de eso, no conocía las leyes de la electricidad. En esta ocasión, un hombre que había hecho grandes investigaciones en filosofía natural estaba con nosotros y, entusiasmado por

esta catástrofe, nos explicó una teoría que había formulado en torno a la electricidad y el galvanismo que me resultó muy novedosa y sorprendente. Todo lo que dijo echó por tierra a Cornelio Agripa, Alberto Magno y Paracelso, los señores de mi imaginación; pero por alguna razón, el descarte de estos señores me disuadió de seguir con mis estudios de costumbre. Me parecía que nada podría saberse nunca. Todo lo que había capturado mi atención durante tanto tiempo de pronto me pareció despreciable. Por uno de esos caprichos de la mente, a los que quizá de jóvenes somos más proclives, abandoné mis ocupaciones, consideré la filosofía natural y toda su prole como una creación deforme y aberrante, y sentí el mayor desdén hacia una supuesta ciencia que nunca podría siquiera llegar al umbral del conocimiento verdadero. Con esa idea, me dediqué a las matemáticas y sus derivados, pues se habían construido sobre una base firme y, por lo tanto, digna de mi consideración.

Así de extraña es la configuración de nuestras almas, con ataduras tan ligeras estamos vinculados a la prosperidad o a la ruina. Cuando miro hacia atrás, pareciera que este casi milagroso cambio en mis inclinaciones fuera una sugerencia del ángel guardián de mi vida, el último esfuerzo hecho por el espíritu de preservación para evadir la tormenta que ya entonces pendía de los astros, lista para envolverme. Su victoria fue anunciada por una tranquilidad y alegría del alma seguida por la renuncia a mis viejos y atormentadores estudios. Así fue como aprendí a asociar el mal con su práctica, y a la felicidad con su descuido.

Fue un esfuerzo considerable de ese espíritu del bien; pero fue inútil. El destino era demasiado potente, y sus leyes inmutables ya habían decretado mi terrible y absoluta destrucción.

CAPÍTULO III

Cuando llegué a los diecisiete años, mis padres decidieron que debía estudiar en la universidad de Ingolstadt. Hasta ese momento, yo había estudiado en Ginebra, pero mi padre creyó necesario, para completar mi educación, que conociera costumbres distintas a las de mi propio país. Por lo tanto, mi partida se estableció para una fecha próxima. Pero antes de que llegara ese día, ocurrió el primer infortunio de mi vida, como si fuera un presagio de mis futuras desdichas.

Elizabeth se contagió de fiebre escarlatina, su condición era severa y estaba en grave peligro. Durante su enfermedad, a mi madre se le dieron varios argumentos para que se abstuviera de atenderla. Ella, al principio, nos había hecho caso, pero cuando escuchó que la vida de Elizabeth, quien le era tan querida, estaba amenazada, no pudo controlar su ansiedad. La acompañó en su lecho y sus cuidadosas atenciones triunfaron por encima de la enfermedad. Elizabeth se había salvado, pero las consecuencias de esta imprudencia fueron fatales para quien la cuidó. Al tercer día, mi madre enfermó, su fiebre venía acompañada de los síntomas más alarmantes, y las miradas de los médicos pronosticaban lo peor. En su lecho de muerte, la fortaleza y benevolencia no la abandonaron. Tomó las manos de Elizabeth y las mías:

—Hijos míos —nos dijo—, mis esperanzas estaban puestas en su unión. Ahora eso será el consuelo de su padre. Elizabeth, mi amor, tendrás que ocupar mi lugar y cuidar de mis pequeños hijos. ¡Siento mucho tener que dejarlos! Tan feliz y amada que he sido, ¿cómo no va a ser difícil renunciar a ustedes? Pero estos pensamientos no me son provechosos ahora.

Mejor aceptaré la muerte de buena gana y albergaré la esperanza de encontrarme con ustedes en el otro mundo.

Murió tranquilamente, y su rostro expresaba cariño incluso en la muerte. No hace falta describir los sentimientos de quienes ven rotos sus vínculos más amados a causa de este mal irreparable; el vacío que deja en el alma y la desesperación que se refleja en los rasgos. Pasa tanto tiempo antes de que la mente pueda convencerse de que esa persona, a quien veíamos todos los días y cuya existencia parecía parte de la nuestra, se ha ido para siempre, que la luz de los ojos amados se han extinguido, y que el sonido de la voz, tan familiar y querido al oído, se calle y nunca más sea escuchado. Éstas son las reflexiones de los primeros días, pero cuando el tiempo prueba la realidad del hecho, entonces comienza la verdadera amargura del duelo. Sin embargo, ¿a quién no le ha arrebatado algún ser querido esa mano cruel? ¿Y por qué tendría que describir una pena que todos hemos sentido o que hemos de sentir? Llega un momento en que el duelo es una indulgencia y no una necesidad, en que la sonrisa en los labios, aunque parezca un sacrilegio, ya no desaparece. Mi madre había muerto, pero aún teníamos obligaciones que cumplir; teníamos que continuar nuestro camino y aprender a sentirnos afortunados mientras quedara uno de nosotros al que la muerte no le arrebatara la vida.

Mi viaje a Ingolstadt, aplazado por estos asuntos, volvía a estar en la mira. Con la aprobación de mi padre, obtuve unas semanas más antes de irme. Me parecía un sacrilegio dejar tan pronto el reposo, similar a la muerte, que había en la casa, y apresurarme a entrar en el meollo de la vida. Yo era nuevo ante la pena, pero no dejé de alarmarme. No estaba dispuesto a dejar a la familia que me quedaba y, sobre todo, deseaba ver a mi Elizabeth, en alguna medida, consolada.

De hecho, ella escondió su dolor y se esforzó por consolar-nos a todos. Miró de frente a la vida y asumió sus deberes con valor y energía. Se dedicó por completo a sus tíos y primos. Nunca fue tan encantadora como entonces, cuando nos iluminó de nuevo con sus sonrisas, que eran como un rayo de sol. Incluso olvidó sus propios lamentos mientras nos hacía olvidar los nuestros.

Por fin llegó el día de mi partida. Clerval pasó con nosotros la última tarde. Había tratado de persuadir a su padre para que le diera permiso de acompañarme y de ser mi compañero de estudios, pero fue en vano. Era un comerciante con una mentalidad muy cerrada que consideraba las ambiciones y aspiraciones de su hijo holgazanerías que lo llevarían a la ruina. Henry padeció mucho que se le privara de una educación liberal. Decía poco, pero cuando hablaba yo leía en sus ojos encendidos y su mirada entusiasta una contenida, pero firme decisión de no ser esclavizado por las minucias miserables del comercio.

Nos quedamos hasta tarde. No podíamos separarnos ni conseguir decir “¡Adiós!”. Lo dijimos, y nos retiramos bajo el pretexto de descansar, cada uno imaginando que engañaba al otro. Pero a la mañana siguiente, cuando bajé para abordar el carruaje que me llevaría lejos, ahí estaban todos: mi padre para bendecirme, Clerval para estrechar mi mano una vez más, mi Elizabeth para renovar la petición de escribirle pronto y dedicarle las últimas atenciones femeninas a su compañero de juegos y amigo.

Me dejé caer en el asiento de la diligencia que me transportaría lejos y me sumergí en las más melancólicas reflexiones. Yo, que siempre había estado rodeado de la mejor compañía, la cual estaba comprometida a tratar de darnos placer mutuo

continuamente, ahora me hallaba solo. En la universidad hacia donde me dirigía entonces debía hacer mis propios amigos y ser mi propio protector. Mi vida, hasta ese momento, había sido considerablemente doméstica y reclusa, y esto me hacía sentir un rechazo invencible hacia las caras nuevas. Amaba a mis hermanos, a Elizabeth y a Clerval; éstas eran “viejas caras familiares”, pero me creía totalmente inepto para la compañía de gente extraña. Ésas eran mis reflexiones al comenzar el viaje, pero cuando avancé, mi ánimo y mis esperanzas se levantaron. Deseé con fervor adquirir conocimientos. Cuando estaba en casa, con frecuencia pensaba que era difícil permanecer encerrado en un solo lugar durante mi juventud, y anhelaba entrar al mundo, tomar mi lugar entre los demás seres humanos. Ahora mis deseos se cumplieron y habría sido, de hecho, absurdo lamentarlo.

Tuve tiempo para ésta y otras reflexiones durante mi viaje a Ingolstadt, que fue largo y cansado. A la distancia, vi el blanco campanario de la ciudad. Al llegar fui conducido a mi solitario departamento para pasar la tarde como yo quisiera.

La mañana siguiente entregué mis cartas de presentación y visité a algunos de los profesores principales. El azar, o tal vez la influencia maligna, el ángel de la destrucción, que omnipotente volaba sobre mí desde que salí forzosamente de casa de mis padres, me llevó primero a conocer al señor Krempe, profesor de filosofía natural. Era un hombre tosco, pero imbuido de los secretos de la ciencia que estudiaba. Me hizo varias preguntas acerca de mi progreso en las diferentes ramas de la filosofía natural. Respondí descuidadamente, y, en parte por rebeldía, mencioné los nombres de mis alquimistas como los autores principales a los que había estudiado. El profesor me miró fijamente.

—¿En verdad —me dijo— has empleado tu tiempo en estudiar semejantes disparates?

Le respondí que sí.

—Cada minuto —continuó el señor Krempe, con calidez—, cada instante que desperdiciaste en esos libros está irremediablemente perdido. Has condenado a tu memoria con sistemas caducos y nombres inútiles. ¡Dios mío! ¿En qué isla desierta vivías que nadie fue tan amable de informarte que esas fantasías que consumiste tan ávidamente tienen más de mil años y son tan rancias como anticuadas? En esta era ilustrada y científica no esperaba encontrarme con un discípulo de Alberto Magno y Paracelso. Mi querido señor, deberás comenzar desde cero tus estudios.

Dicho esto, se apartó y escribió una lista de varios libros sobre filosofía natural que deseaba que yo me procurara, y me dio permiso de irme luego de mencionar que a principios de la semana entrante tenía la intención de comenzar sobre la materia, y que el señor Waldman, colega suyo, también impartiría un curso sobre química en los días que él no daría clase.

Regresé a casa no tan decepcionado pues, como dije, hacía tiempo que yo también consideraba inútiles a esos autores que el profesor reprobaba, pero tampoco me sentí inclinado en modo alguno a acudir a los estudios que me había recomendado. El señor Krempe era un hombrecito rechoncho de voz áspera y rostro desagradable que no me predisponía mucho a estudiar su materia. Quizá de una manera demasiado filosófica y relacional, estaba dando cuenta de las conclusiones sobre los profesores de filosofía natural a las que yo había llegado en mis primeros años. De niño, no me sentía satisfecho con los resultados prometidos por los profesores modernos de la disciplina. Con una confusión atribuible a mi juventud, y mi necesidad

de guía en semejantes asuntos, había retrocedido en los pasos del conocimiento a lo largo del tiempo, y cambié los descubrimientos de los investigadores recientes por los sueños de los alquimistas olvidados. Además, sentía desdén hacia la utilidad de la filosofía natural moderna. Era muy diferente cuando los maestros de la ciencia buscaban inmortalidad y poder: estas ideas, aunque tampoco eran útiles, tenían grandeza, pero el escenario había cambiado. La ambición del investigador parecía limitarse a eliminar esas perspectivas sobre las que se había fundado mi interés por la ciencia. Se me exigía cambiar quimeras de grandeza sin límites por realidades de poco valor.

Ésas fueron mis reflexiones durante los primeros dos o tres días de vivir en Ingolstadt, que mayoritariamente pasé conociendo los alrededores y a los residentes de mi nuevo hogar. Pero al empezar la semana pensé en la información que el señor Krempe me había dado respecto a las lecturas. Y aunque no quería ir a escuchar a ese hombrecillo pretencioso repartir sermones desde su púlpito, sí me quedé con lo que había dicho respecto al señor Waldman, a quien yo no había visto aún, pues estaba fuera del pueblo.

En parte por curioso, en parte por ocioso, fui al salón de clases en el que Waldman entró poco después. Era un profesor muy distinto a su colega. Parecía tener alrededor de cincuenta años, pero con un aspecto que expresaba una gran benevolencia; unos cuantos cabellos grises cubrían sus sienes, aunque el resto de su cabellera era casi totalmente negra. Era de estatura baja, pero su postura era notablemente erguida, y su voz era la más dulce que había escuchado. Empezó su clase con una recapitulación de la historia de la química y los diversos avances hechos por diferentes hombres de ciencia, pronunciando con fervor los nombres de sus grandes creadores.

Después dio una vista panorámica del estado actual de la ciencia y explicó muchos de sus términos básicos. Tras realizar un par de sencillos experimentos, concluyó con un panegírico dedicado a la química moderna cuyas palabras no olvidaré:

—Los antiguos maestros de la ciencia —dijo— prometieron imposibles y no consiguieron nada. Los maestros modernos prometen muy poco; saben que los metales no pueden transmutarse y que el elixir de la vida es una quimera. Pero estos filósofos, cuyas manos parecen hechas para hundirse en la tierra y sus ojos destinados a escudriñar en el microscopio o el crisol, han producido milagros. Penetran en los recovecos de la naturaleza y muestran cómo opera en sus escondites. Ascenden a los cielos: han descubierto cómo circula la sangre y la naturaleza del aire que respiramos. Han adquirido poderes nuevos y casi ilimitados; pueden gobernar los truenos del cielo, imitar el terremoto, incluso simular el mundo invisible con sus propias sombras.

Ésas fueron las palabras del profesor o, mejor dicho, las palabras del destino, enunciadas para destruirme. Conforme hablaba, sentí como si mi alma estuviera luchando contra un enemigo palpable, una a una fueron tocadas las notas que formaron el mecanismo de mi ser: al sonar acorde por acorde, mi mente estaba ocupada por un solo pensamiento, una idea, un propósito. “Tanto se ha hecho ya”, exclamó el alma de Frankenstein, “y más, mucho más, lograré: hollando en los pasos ya marcados, seré pionero de un nuevo camino, exploraré poderes desconocidos y revelaré al mundo los misterios más profundos de la creación”.

No cerré los ojos esa noche. Mi yo interior se encontraba en un estado de agitación e insurrección; sentí que llegaría el orden, pero yo no tenía el poder de producirlo. Después

del alba, vino el sopor. Me desperté, y mis pensamientos de la noche anterior me parecieron un sueño. Sólo permanecía una determinación de volver a mis estudios y dedicarme a una ciencia para la que creía tener un talento natural. Ese mismo día visité a Waldman.

En privado, sus maneras eran aún más suaves y atractivas que en público; pues durante su clase había una cierta dignidad en su porte que en su casa se convertía en una inmensa cortesía y amabilidad. De mis pesquisas, le dije prácticamente lo mismo que le había dicho a su colega. Escuchó con atención la breve historia sobre mis estudios, y sonrió ante los nombres de Cornelio Agripa y Paracelso, sólo que sin el desdén que el señor Krempe había mostrado. Dijo:

—Ésos han sido hombres cuya infatigable dedicación implica una deuda para los filósofos modernos, pues fueron ellos quienes constituyeron las bases del conocimiento. Nos han dejado una tarea más sencilla: dar nombres, clasificar y conectar los hechos que, en gran medida, ellos trajeron a la luz. La labor de los hombres de genio, aunque haya tomado una dirección errónea, rara vez fracasa en convertirse en una sólida ventaja para la humanidad.

Escuché su perspectiva, que dijo sin ninguna presunción o afectación, y entonces añadí que había logrado dejar atrás mis prejuicios contra los químicos modernos. Me expresé de forma mesurada, con el respeto que un joven estudiante debe a su instructor, sin dejar escapar (mi inexperiencia me habría avergonzado) nada del entusiasmo que estimulaba mis prácticas. Pedí su consejo respecto a los libros que debía leer.

—Me alegra haber ganado un discípulo —dijo el señor Waldman—; y si tu aplicación al estudio se equipara con tu habilidad, no tengo duda de que tendrás éxito. La química es

la rama de la filosofía natural en la que se han hecho y se harán grandes avances, por eso es central en mis estudios; pero tampoco he descuidado otras ramas de la ciencia. Uno sería un terrible practicante de la química si sólo se dedicara a atender los asuntos de esa parte del conocimiento humano. Si tu deseo es convertirte en un verdadero hombre de ciencia, y no sólo un simple experimentalista, te aconsejo que estudies cada rama de la filosofía natural, incluyendo las matemáticas.

Entonces me llevó a su laboratorio y me explicó los usos de diversas máquinas, instruyéndome acerca de qué es lo que debía obtener y prometiéndome que yo podría usar la suya cuando hubiera avanzado lo suficiente en la ciencia para no alterar su mecanismo. También me dio la lista de los libros que le pedí, y luego me fui.

Así terminó un día memorable para mí, pues en él se decidió mi destino.